

que en castellano tal verbo no se refiere a persona, sino a cosa. Su función es pasiva, y en este sentido, a todas luces correcto, usáronlo Ambrosio de Morales, fray Luis de Granada, Argensola (Bartolomé), etc... (1)

Pero como nos pirramos por todo lo transpirenaico, sin más razón que la de venirnos en gana y como resultado de esa turbamulta de libracos vertidos del francés, con la manga ancha de las casacas de Luis XV o XVI, hacemos tabla rasa de lo ejemplar y castizo, que no otra cosa es adoptar el *se debattre* de nuestros vecinos. Porque los franceses, como es sabido, dan al verbo debatir la forma reflexiva, en el sentido de agitarse, bregar, forcejear, menearse, sacudirse, etc. (2).

Y ahora, si queréis venir al buen camino, desoyendo a las sirenas del *traduccionismo irresponsable*; si hay en vuestros corazones un sentimiento de respeto y de amor para la rica habla de Castilla; si deseáis enmendar vuestros yerros... y huir de los otros... que se escriben con hache, como del diablo o de la peste, ved ahí, algunos ejemplos de cómo puede emplearse correctamente el verbo objeto del presente palique.

«... y en la firme inteligencia de que allí dentro sólo se debatían hondos negocios de Estado...» Navarro Villoslada. (*Doña Urraca de Castilla*).

«... el maestro preparaba de antemano los temas que se habían de discutir, los cuales podían ser múltiples en cuanto a los puntos doctrinales que habían de ser debatidos...» *Introducción a Cuestiones disputadas sobre la ciencia de Cristo, de San Buenaventura*. (*Biblioteca de Autores Cristianos*).

«El proceso de la discusión se desarrolla en dos sesiones. En la primera, la *disputa* propiamente dicha, se debatía el problema planteado...» (*Ibidem*).

«Debatióse la cuestión bajo sus varios aspectos y todos convinieron en que era lo más prudente y ejecutivo remitirlo todo al duque de Alba, para que obrase él según lo que juzgara más conveniente para el servicio de Dios y del Rey». Padre Luis Coloma. (*La Reina Mártir*).

«Este problema ha sido muy bien estudiado y debatido». G. Mañón. (*Antonio Pérez*).

Lector...

Se debaten los asuntos,
forcejean las personas.
Con esta ley bien sabida
todo lo demás te sobra.

UN APRENDIZ DE HABLISTA

(1) *Prontuario de hispanismo y barbarismo*, por el P. Juan Mir y Noguera. (Madrid, 1908). Tomo primero, pág. 527.

(2) *Ibidem*.

PINTORES ESPAÑOLES

RETRATOS DE VELAZQUEZ

I

LA INFANTA MARGARITA MARIA

Jazmín exangüe el pálido semblante,
do las pupilas garzas y asombradas,
miran con persistencia alucinante
un no sé qué, de cosas embrujadas...
El cuerpo tensa el rico guardainfante;
gasas; las mangas aéreas y rizadas,
tienen espejo claro y deslumbrante
de la cotilla en platas destrenzadas...
La cabeza gentil lauda una pluma
y su mano ideal de holanda el lino
opone a la otra, huésped de jardines...
Nunca el Arte jamás logró la espuma
de un poema real, tan nacarino,
amasado con rosas y carmines...

II

DOÑA MARIANA DE AUSTRIA

El negro terciopelo verdeguea
con su friso de plata encadenado,
y, en la mano afilada, rico albea
un pañuelo de Brujas, desmayado.
La estirpe en el mentón, firme, espejea,
rasgos de raza, sello no olvidado,
donde la raíz de Austrias taracea
un arabesco en sangres deshilado...
Las perlas, plumas, oros y carmines
de América, son galas que te ofrecen
sueño imperial de alada fantasía...
Del Alcázar los ricos camarines
te dan dosel, que en púrpuras fenecen,
soles muertos, de un reino en agonía.

III

DON FERNANDO DE AUSTRIA

Joven montero pálido de la rubia guedeja,
hay magnética fuerza en tus ojos oscuros,
que contrastan virtudes de tu raza tan vieja
donde estirpe y realza son los sellos más puros.
Los negros terciopelos con su galante queja
a rizos y brocados dan contrastes seguros,
y en los guantes de ámbar el fino acero deja
el azul pavonado de sus reflejos duros...
Tu rango se adivina en esa tu prestancia,
que conjuga un poema de rasgos esenciales
donde siglos y reyes fueron la ejecutoria.
Con el mastín dorado transido de elegancia
del robledal bravío entre los peñascales
el genio dió a tu efigie, un resplandor de gloria.

IV

EL CONDE-DUQUE DE OLIVARES

Soberbio el gesto, recia la apostura,
altiva y displicente la mirada
Don Gaspar, con magnífica armadura
galopa en sueños sin conquistar nada.
La banda rica, donde el oro apura
bellas luces en el juego con la espada,
con la sutil valona, nieve pura,
completa el fausto a testa empenachada...
La bengala en su mano poderosa
cetro es a su ambición y a su tormento,
donde alienta más peso, que alegría...
Galopa en su caballo tras la glosa,
que espejismo fugaz, lució un momento,
en su parodia de Fuenterrabía.

ANTONIO LOPEZ MARTINEZ